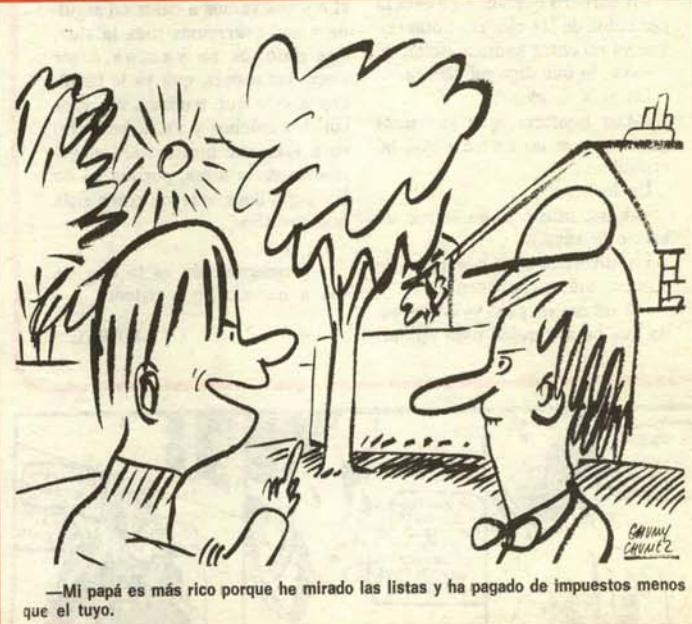


—Occidente está corrompido. Ayer mismo, sin ir más lejos, el que yo creía mi mejor amigo me pidió prestadas cinco mil pesetas.



—Lo siento señorita, pero tal como se está poniendo la vida no puedo flagelarle a usted por menos de cinco mil pesetas hora.



—Mi papá es más rico porque he mirado las listas y ha pagado de impuestos menos que el tuyo.

VIAJE AL INTERIOR DE UN OBRERO

El general Jackson dio la señal. El capellán Stelldrich me dio su bendición y el doctor Rosenbad, un beso. Comenzó la cuenta atrás. Tres... Dos... Uno... ¡Cero!

El supositorio me condujo al interior del obrero. Un paisaje de negras extensiones se fue rasgando a nuestro paso. Las heces brillaban de vez en cuando como hierro fundido. Meteoritos en forma de garbanzos, de lentejas y de alubias chocaban contra la nave arrancando chispas más fuertes que diez mil soles. Llamé a Control: «La vaselina no ha sido suficiente. ¿Retorno?». «Siga hasta el final. Es necesario saber qué hay ahí dentro. No podemos exponernos a que lleguen primero los soviéticos». «El aeroflátono denuncia una bolsa de aire en el intestino grueso...». La voz del general Jackson resonó con furia en el interior de

mis auriculares: «¡Siga, maldito cobarde...! ¡Es una orden!». El miedo comenzó a mordermme los sesos. Estábamos llegando al intestino. La bolsa de aire se agitó de pronto y se convirtió en furioso huracán que lanzó el supositorio contra las paredes blandas de aquel retorcido camino. Una tempestad de guisos fermentados, de aguardientes de orujo y metilícos inmisericordes martilleó el fuselaje. Perdí el control de la máquina. Aquellos vientos, en horrible fermentación, estallaron en mil explosiones hediondas. El aislamiento y la presurización de la cápsula no pudieron salvarme del aroma descompuesto de tan bárbara alimentación. Comencé a perder el conocimiento. El supositorio siguió adelante a merced de los elementos. Las voces del general Jackson giraban en loca espiral dentro de los auriculares y se

perdían en la inconsciencia de mi pobre cerebro... «¡Maldito! ¡Maldito seas! ¡Despierta teniente...! ¡Necesitamos encontrar ese virus revolucionario...!». A punto de perder toda conciencia, vi el supositorio de los chinos lanzado a toda vela. No tardó en adelantarme. Hice un último intento y abrí gases a tope. A pesar de todo, pude ver la trasera del supositorio rojo como un punto lejano, cerca ya de la vesícula biliar... El general Jackson seguía estrellando sus gritos en la insensibilidad de mis tímpanos: «¡Como te ganen la partida serás destinado a Europa...! ¡Despierta, hijo de perra...! ¡Despierta y da de la cama un brinco, mira que ya son las cinco y el encierro va a empezar...!». Pero yo ya estaba plácidamente dormido, soñando la reciente subida de «telefónicas»...

CONCORDIO